

Primera madrugada

MARÍA LUISA PUGA



—¿Cómo ves, pues, Hernández?

—”

—Ya sé que nunca antes te había preguntado, pero como que era hora, ¿no crees?

—Bueno, yo,”

—Mira, Hernández, si ahora de pronto me detengo en seco y me vuelvo hacia ti; te encaro, como quien dice, es porque o toca, o porque no sé seguir si tú no hablas. Si no dices lo que piensas. A lo mejor debí haber hecho esto desde hace mucho, quien quita, el caso es que no lo hice antes. Lo estoy haciendo ahora.

—Es que... ¿a poco yo tengo que estar disponible para cuando a ti se te ocurra?

—No, para nada. Tú pudiste haber hablado sin que yo te preguntara. No lo hiciste jamás. Supuse que no lo necesitabas. Yo no lo necesitaba, eso es seguro. Ahora sí.

—Específicamente qué quieres saber.

—Si valió la pena. Si sirvió de algo. Si faltó o falta... qué sé yo. Otra perspectiva; otra manera de decir. ¿Cómo ves?

—¿Todo eso? ¿Quieres que te ponga una calificación del uno al diez? ¿Es eso? Te pondría ocho. Tú eres de ochos, no de sietes o nueves. Menos de seices o dieces. Ocho. Esfuerzo sostenido, regular. Nunca sobresaliente. Dedicación, aplicación incluso, pero nunca pasión, locura, extremo.

—¿Como quién, Hernández? Dame un ejemplo. Ilustra tus palabras. Conviértelas en imagen. En sensación. Es lo que yo he tratado de hacer toda mi vida.

—¿Me puedo sentar? ¿Nos podemos sentar un rato? Tengo la impresión de que siempre hemos estado de pie... no sé bien colocados; cómo: tú ante mí, yo ante ti, o a lo mejor tú y yo mirando para afuera... no sé. ¿Cómo describirías eso?

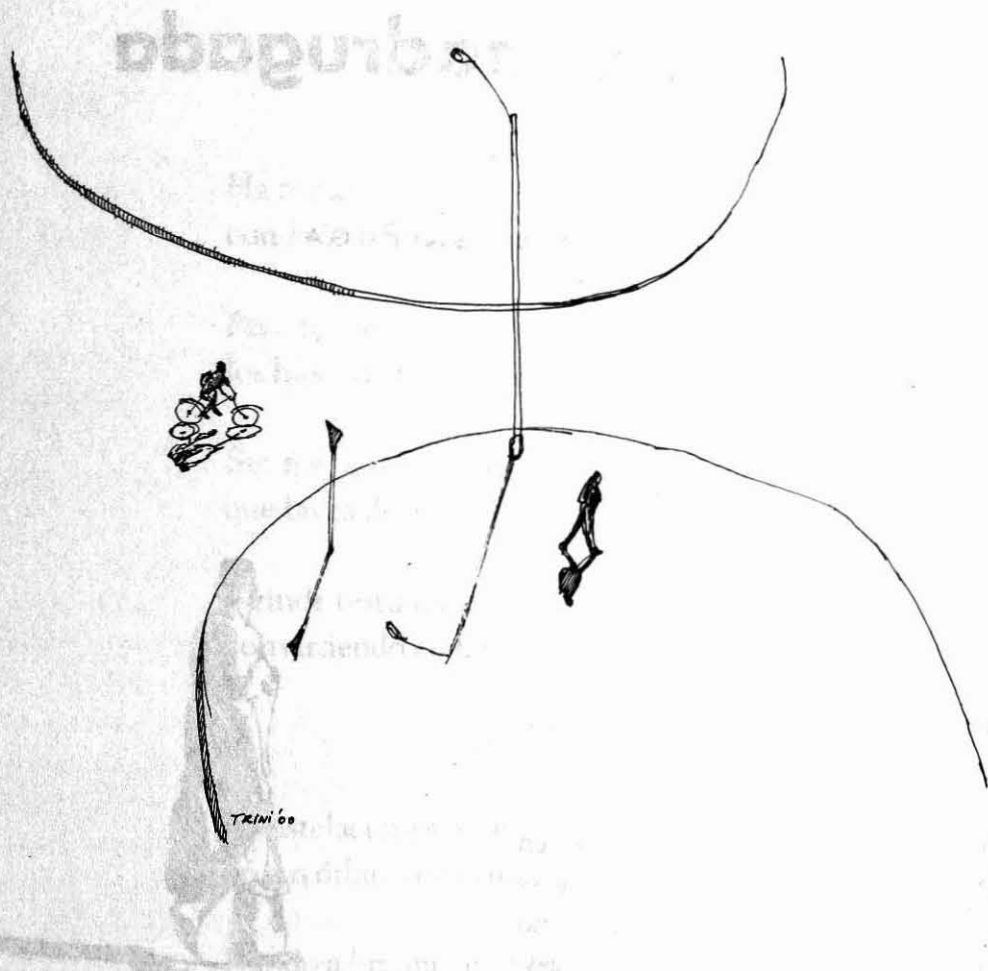
—En cada escritura ha sido diferente, creo, pero tienes razón. Al menos yo siempre acabé colocada en el mismo punto y creo que era yo ante mí, contigo por ahí viéndolo todo.

—En cambio yo me he sentido en el aire todo este tiempo. Flotando. Que miro para allá, que para acá. De pronto me elevo; a ratos caigo. No me parece tan mal, pero creo que hay que precisar.

—¿Cómo?

—No comenzando por el principio. Eso ya lo has hecho mil veces y siempre llegas al mismo punto. Y comenzar por el final es el mismo camino. Hay que precisar.

Se levantó y comenzó a caminar por la habitación, cuya única luz era la de la lámpara encendida junto a la computadora. La luz de la computadora era de otra índole. No iluminaba nada. Se iluminaba. A lo mejor desde lejos su res-



plandor se reflejaba en alguna parte, pero Hernández no se fijaba en eso. Se fijaba en la madrugada oscura, henchida de cantos de pájaros.

—No me digas que otra vez Acapulco y la orfandad y el otro, el diferente. O la angustia, la permanente insatisfacción, la culpa, el no hallarse... no podría. Ya no.

—El hambre —imitó Hernández la enumeración—, la colonización, la mentira, la corrupción... la democracia, ¿qué tal?

—No me jodas, Hernández, esta vez no estoy jugando.

—Nunca estás jugando y siempre estás. No, no sabes todavía que no soy tú. Soy yo. Te estoy hablando desde mí por primera vez; no soy tu eco. Hay que precisar, aunque no sé muy bien cómo.

La madrugada era apapachadora. Hernández descubrió que daba fuerzas. Nunca antes había estado en el lugar de alguien que escribía. Miraba con fascinación y resentimiento. Pensaba: de manera que es así. Dijo:

—El tiempo. La forma del tiempo antes de que descubrieras que era la del espacio.

—¿Qué? ¿Los estudios? ¿Los escritorios? ¿Otra vez?

—No. El tiempo todo. La madrugada es sólo un cachito, como un cajón. Como un archivo en tu computadora.

Sólo un cachito. ¿Qué pasaba con el resto del tiempo que te rodeaba? ¿Qué sucedía ahí?

—Todo. ¿Qué te puedo decir? Todo aquello de lo que no sé. Las ciudades, los partos, las maquinaciones políticas, las relaciones públicas, los crímenes, los sueños de quienes me rodeaban, los insomnios fatigados que se rendían al cansancio, no al sueño... también las aprensiones de quienes se disponían a ir a sus trabajos, las largas hileras de gente esperando un camión. Pero la madrugada siempre creí que no era de nadie. Por eso me asenté ahí, como paracaidista. La he habitado como si fuera una casa vacía. Una casa que no importa quien la ocupe. No hay nadie... aunque hay presencias ausentes. La he usado para espiar cómo viven los demás, primero, y después para ponerme a escribir. Tú nunca habías entrado ahí, Hernández.

—Lo sé, por eso creo que tenemos que comenzar a precisar por ahí.

—No sé precisar yo, es justamente lo que no estoy pudiendo hacer. Miro hacia allá y sólo percibo mi cuerpo inclinado sobre un cuaderno. Ni siquiera veo el cuaderno, mucho menos lo que escribo. Esa postura, esa luz tenue que se proyecta sobre el escritorio, me dejan afuera.

—No te concentres en eso. No fijas tu vista ahí. Ve alrededor. ¿Qué hay?

—Sonidos difusos... de tráfico, parece. De gente que pasa apurada. No me ven. Ni sospechan que estoy ahí... percibo gotas de lluvia... oigo campo, naturaleza, gallos, ladridos de perros. ¿Cómo será crecer en un lugar en donde no haya ladridos de perros, Hernández?

—No te distraigas, sigue. ¿Qué más?

—Algo tan vasto, tan abrumador que no alcanzo a percibirlo. Me aplasta. No lo agunto.

—No te quites, no te muevas. ¿Qué es?

—Veo barrancos oscuros, montañas, volcanes... kilómetros y kilómetros de vegetación. No hay nadie, no hay nada...

—Fíjate bien. ¿No hay nadie?

—No...espérame, sí, parece que... es como si cada vez que mi vista va a atrapar algo, sólo alcanzara a percibir la silueta de una pierna, un hombro, un perfil, pero no llego a ver nada definido.

—Gente, es gente. Por donde sea que mires siempre hay gente.

—No entiendo. ¿Así, aislados, solos?

—Parece, pero no. Si hay uno hay más, muchos más. Sigue viendo.

—Cuando se acaba la naturaleza comienzan las formas de lo construido. Horribles, como pústulas cancerígenas. Piedra, alambre, plástico... ¿cómo habría sido una vida sin plástico, Hernández?

—Ni idea. Sigue.

—Veo todo lo que vi desde que tengo conciencia. Desde que me di cuenta de que veía aun cuando no me lo pudiera decir: calles basurientas, rotas, con charcos. Gente de mil colores...

—¿Cómo?

—Del negro total al blanco más pálido. También los aspectos: desde el más raído al más opulento. Los veo caminando por esas mismas calles ruinosas. Unos pisan...

—¿Los aspectos?

—La gente que los luce, oye, tampoco me estás interrumpiendo a cada rato. Unos pisan con ligereza, mirando para enfrente, con la luz en la cara. Otros arrastran los pies y miran para abajo, el rostro ensombrecido. Otros más (y fueron los que me dieron miedo al principio), pasan junto a mí mirando en todas direcciones, sin la menor conciencia de sí mismos. Herrumbrosos, incontrolables. Raros. Los sentía libres, pero peligrosos. No debía permitir que sus ojos me atraparan porque me llevarían con ellos. Me daban terror.

—¿Robachicos o qué?

—Mucho antes de oír la palabra los detecté. Después aprendí a llamarlos locos y me los he encontrado por todos lados. Les perdí el miedo no sé en qué momento. Sé que pueblan el presente. Ahora los descubro entre los otros, los pobres, los desesperados, los desesperanzados.

—¿Los desempleados?

—No se llamaban así. A lo mejor sí tenían empleo. Un puesto en el mercado. Algo que vender. Pero eran pobres, eran, por eso, de otra raza, aunque yo no lo supe sino mucho después.

—Espérame. No estoy entendiendo. ¿De qué estás hablando?

—De lo que vi, de cómo empecé a ver... ¿no querías que no me distrajera?

—Sí, pero me parece que te estás dispersando. ¿En dónde estás? ¿Ya no estás en la madrugada? ¿En el cuarto?

—Me parece que no. Creí que eso querías. Ando afuera, sí, es media mañana. Estoy lejos, lejos de mi cuaderno.

—¿Del actual?

—De todos. De la costumbre de escribir en un cuaderno. ♦

